su agrado, le restituía toda su sensibilidad natural: entonces se entregaba á la mas dulce ternura, como si hubiese hecho un felíz descubrimiento; y estas ilusiones pasageras no servian despues sino para hacerla sentir con mas amargura los mas justos objetos de descontento y dolor. Conoció por fin todos los tormentos del zelo. Su rival no solamente era adorada, sino que Luis no creía ser amado con pasion mas que por ella! Madama de Montespan usurpaba, á la vez, el corazon de Luis y su reconocimiento!.... Qué reflexiones tan crueles, qué amargo arrepentimiento debia inspirar esta idea!

El Rey, cesando de amar á madama de la Valliere, nada habia perdido del ascendiente que el amor le daba sobre ella: él conservaba sobre su corazon y su espíritu sus antiguos derechos, y su misma indiferencia parecia asegurarle de ellos nuevamente. La Duquesa no tenia la confianza que inspira la certidumbre de agradar: esta dulce igualdad que una union recíproca establece siempre, no existia entre ella y el Rey: medía dolorosamente, y por primera vez, la distancia enorme que la separaba de Luis. Hasta entonces su respeto, por este ran-

go supremo que no habia provenido sino de la admiracion y del entusiasmo, no era ya para ella sino una especie de abatimiento: el Rey, sin querer, cambiaba de tono con ella insensiblemente; la Duquesa intimidada, y, sobre todo, desanimada por la desgracia, se dejaba dominar por el temor y la humillacion. Nada podrá reanimar la arrogancia de una alma grande, cuando penetrada de arrepentimiento sufre el castigo de una falta irreparable. Mientras mas elevados son los sentimientos, mayor es el abatimiento en las penas: consecuencias inevitables de las inclinaciones criminales! La fortaleza, en semejante situacion, sería una víl indiferencia ó descaro. El castigo representa el extravio, y es un oprobio mas: solo á la inocencia y la virtud, corresponde elevarse y brillar en la desgracia; ellas solas pueden dar dignidad al infortunio. Mas el vicio, despojado de la ilusion de los sucesos, vuelve á entrar en el polvo: los reveses de la suerte, acaban de deshonrarle á los ojos de todos; y el último grado de desprecio se une siempre á la humillante compasion que inspira...

Disponiendo Luis hacer un viage hácia sus nuevas conquistas, á Dunkerque y Lila, confió á la Duquesa los motivos de él: esta prueba

de estimacion la trasportó de gozo: nada indemniza del amor como la confianza: es un sentimiento aparte, y que además puede ser exclusivo: es imposible lisonjearse de que una rival preferida no lo obtiene.... Luis quería separar la Inglaterra de la Holanda; Madama estaba encargada secretamente de esta negociacion, cuyo misterio cubria el viage del Rey. La pompa y la magnificencia de los antiguos reyes del Asia, distaban mucho del esplendor de este viage: treinta mil hombres precedieron ó siguieron la marcha del Rey; unos, destinados á reforzar las guarniciones; otros, á escoltar la familia real, y otros á allanar los caminos. El Rey, llevando consigo la Reina, las Princesas y las mas bellas personas de la córte; la duquesa de la Valliere y madama de Montespan fueron de este número. El Rey repartia por todas partes liberalidades excesivas; el oro y las piedras preciosas se prodigaban á cualquiera que tenía el menor motivo de hablarle. Madama se embarcó en Calais; Carlos II, su hermano, la esperaba en Cantorbery. En medio de las fiestas de esta entrevista, la Princesa tuvo la gloria de concluir el tratado, que trajo firmado (1).

(1) Siglo de Luis XIV.

Ella volvió triunfante á Saint-Cloud. En la flor todavia de la juventud y la belleza, habiendo llegado al mas alto grado de favor, ocupando el segundo lugar de un poderoso imperio, divisaba una larga carrera, tan brillante como afortunada é ilustre; y no veía la tumba entreabierta, donde tantas esperanzas, al parecer bien fundadas, iban á enterrarse para siempre!.... Un mal repentino la redujo improvisamente al último extremo: no se engaña sobre su estado, conoce que es preciso morir, y dentro de algunas horas; y separándose con valor de todas las ilusiones que la rodeaban, se arroja enteramente en brazos de la religion. El Rey corre: la duquesa de la Valliere, espantada, llena de dolor y asombro, fué tambien á Saint-Cloud: entra en el departamento de Madama; vé á esta Princesa, bella todavia, pero pálida, moribunda, descabellada, en su féretro, apoyandose sobre el seno de madama de la Fayette, llena de lágrimas, y teniendo sobre su pecho un crucifijo á quien miraba fijamente.... Bossuet estaba de pie á la cabezera. Toda la magestad de la religion estaba repartida sobre la figura importante de este prelado augusto, y él no ha-

blaba!.... Aguardaban en silencio y con sorpresa la exhortacion que iba á hacer. La cámara estaba llena de los amigos de Madama, y de las personas adictas á su servicio.... De repente se sobresaltan, caen de rodillas: Bossuet toma la palabra!.... „Qué es nuestra exis„tencia! exclamó: pensémos en esto bien, cris„tianos: ¡qué es nuestra existencia! Dínoslo ¡ó „muerte! porque los hombres demasiado sober„bios no me creerían.... O eterno Rey de los „siglos, vuestro ser eternamente inmutable, ni se „pasa, ni se muda, ni se mide; y *ved aquí que „vos habeis hecho mis dias mesurables, y mi ser „nada es delante de vos* (1). O Dios! otra vez, „qué somos! Si echo la vista delante de mí, „qué espacio infinito donde no existo! Si la vuel„vo hácia atrás, ¡qué consecuencia espantosa „donde ya no existo! y qué poco lugar ocupo „en este abismo inmenso de los tiempos!.... „Soy arrebatado tan rápidamente, que me pa„rece todo huye de mí, y todo se me escapa! „Todo huye en efecto! Y mientras que estamos „aquí reunidos, y nos creemos inmóbiles cada „uno avanza su camino, cada uno se aparta, sin

(1) Salmo 38.

„pensarlo, de todos los objetos de sus afectos „terrenos, pues que cada uno marcha insensi„blemente á la última desesperacion (1)."

A esta imagen tan viva y tan tierna, madama de la Valliere se estremeció, echando al Rey los ojos bañados de lágrimas. Se conmovió su alma tan fuertemente, que se retiró con precipitacion á una pieza vecina, no pudiendo ya dominar su alteracion. Entró en el tocador de Madama. Dios! exclamó, dejándose caer sobre una silla: qué cuadro!.... Esta Princesa tan bella, tan jóven, tan brillante ayer, y aun esta mañana, se muere, y vá á desaparecer para siempre!.... Pronunciando estas palabras, dirigió la vista á un tocador elegante, colocado frente de ella. Ay de mí! prosiguió: no hace muchas horas que este espejo reflejó ese semblante amable, donde brilla todavia toda la frescura de la juventud y de la vanidad! Ese semblante, cubierto ahora de las sombras de la muerte! .... Y estas flores, preparadas para adornarse esta noche, á pesar de su fragilidad, durarán mas que su vida!.... A estas palabras enjugó la Duque-

(1) Sermon de Bossuet.

sa sus ojos llenos de lágrimas; y dirigiendo otra vez sus miradas al tocador, percibió un billete rotulado á ella: tembló de miedo, y abrió esta carta, que estaba datada de aquella misma mañana, en la que Madama le encargaba no dejase de asistir á la funcion que daba aquella noche en Saint-Cloud. Oh! Qué funcion, esclamó la Duquesa: qué se verá aquí, gran Dios? En lugar de una brillante iluminacion, cirios mortuorios!.... en la sala preparada para el baile, un féretro!.... en lugar de baile, funerales!.... El billete de Madama concluía con estas palabras: „Venid temprano, me hallareis sola; tengo pro„yectos importantes en que estoy vivamente em„pleada; os quisiera participarlos." Ah! repitió la Duquesa; proyectos. Qué locura es formarlos para la noche, aun del dia en que existimos en todo el brillo de la juventud! Desgraciada Princesa! esos proyectos importantes para tí esta mañana, qué frívolos te parecerán ahora! y acaso culpables á vista de la eternidad!.... En este momento avisaron á la Duquesa, que Madama iba á recibir la extremauncion. Entró en la cámara; todavia oyó hablar á Bossuet; y herido su corazon y conmovido su espíritu, dejó á Saint-Cloud, perseguida de saludables reflexiones, que

debian muy pronto producir en ella una espantosa revolucion.

Madama espiró á las cinco de la mañana. La Duquesa oyó la oracion fúnebre de esta Princesa, pronunciada por Bossuet. Su entusiasmo por este incomparable orador la empeñó en seguir sus sermones; ella no podia dejar de admirar con qué valor y elocuencia se atrevia á hablar delante del Rey contra la guerra y las conquistas; y delante de los cortesanos contra el orgullo y la ambicion. Un dia no pudo evitar de estremecerse oyéndole esclamar: „*Sí, sí, yo ven„dré á vos, oh pecadores! con toda la fortaleza, „toda la luz, toda la autoridad del Evangelio!...* (1) Redobló su atencion; pero escuchaba temblando.... Su corazon se conmovió, y palpitó, cuando él pronunció estas palabras:

„Una súbita y penetrante luz brilla á los „ojos de Magdalena: una llama toda pura, toda „celestial, comienza á encenderse en su alma: „una voz se levanta en lo interior de su cora„zon que la llama al arrepentimiento, á la pe„nitencia (2)." Al oír estas palabras, la Duque-

(1) Sermon de Bossuet.
(2) Sermon de Bossuet.

sa juntó las manos, levantó los ojos al cielo, y corrieron sus lágrimas.... Entrando en sí misma, y meditando este pasage, oh luz brillante y terrible! exclamó; no cerraré mas los ojos para no verte!.... Oh voz divina, despreciada tanto tiempo!.... habla.... ya te escucho!.... Ah Demasiado conosco qué sacrificio vas á prescribirme! pero yo no puedo dejar de amar sin un prodigio: te lo pido, Dios de bondad! pues que tu poder es sin límites, arranca de mi corazon este amor culpable que lo agita y lo despedaza; la arrogancia, la razon, la ingratitud misma no pueden triunfar de él; las penas mas amargas no podrían inspirarme valor de libertarme de él; me he acostumbrado al dolor; se sufre cuando se ama sin pasion, despues de mucho tiempo!... Necesito una fuerza sobrenatural para volver á tomar el imperio debido sobre mí misma. Ah! si es necesario para perder la vida, ¿lo es menos para separarse del objeto á quien se habia consagrado su existencia? Qué! podré yo ver sin alteracion este héroe que hace la felicidad y la gloria de mi pátria; podré oírle alabar sin turbacion; separarme de él sin desesparacion; podré consentir que otro corazon fuese mas tierno para él que el mio!.... Resolucion incom-

parable! ah! la religion sola podrá producirla!....

Poco tiempo despues de la muerte de Madama, hizo el Rey la conquista de una parte de la Holanda. Habiendo llegado al colmo de la gloria y de la prosperidad, Luis XIV acababa de recibir el renombre de Grande. Algunos dias despues de su vuelta á Versalles, la duquesa de la Valliere fué convidada por la Mariscala de Bellefonds, para ir á París á asistir á la profesion de su hija mayor, que debia pronunciar sus votos en el convento de Carmelitas de la calle de S. Jaime. Esta renuncia del mundo, este desdén magnánimo de la fortuna y de las grandezas, no era raro en aquel tiempo, y aun entre los jóvenes del mas alto nacimiento: entonces se reunian los amigos y todos los parientes, que no dejaban jamás de juntarse en estas solemnidades, que la piedad hacia tan interesantes (1). La Duquesa fué á París á dormir á casa de la Mariscala de Bellefonds; sin amarla, se complacía la Duquesa en la relacion de esta familia, cuyo gefe era el hombre mas virtuoso de la córte. El Mariscal de Bellefonds unía á una pefecta pie-

(1) La Mariscala tenia una hija, y una hermana Carmelitas.

dad, grandes talentos militares, y un espíritu superior: como todas las gentes ilustradas y religiosas, tenía principios austeros inflexibles, y una indulgencia inagotable: conocía la situacion de la Duquesa; y movido de sus cualidades naturales, de su dulzura, y aun de esta pasion culpable que la causaba tantas penas, la compadecía, y despues del favor ruidoso de su rival, le manifestó mucho afecto. La Duquesa lo estimaba profundamente; se sentia dispuesta desde entonces á concederle su confianza. Llevada por la Mariscala, fué á las Carmelitas; no conocía este convento, y lo veía por primera vez. La condujeron á la iglesia las religiosas. Ella amaba á Mademoiselle de Bellefonds, quien á los veinte y dos años, con la devocion mas exaltada, poseía todas las gracias de su edad: la Duquesa, enternecida y aun turbada por la idea de la ceremonia solemne que se preparaba, no pudo entrar en la iglesia sin un movimiento que se hizo extremo luego que dió algunos pasos.... A vista del coro de las religiosas, un antiguo recuerdo, pero vivísimo, vino á su memoria y ocupó su imaginacion.... Se puso pálida, y creía reconocer la iglesia que en otro tiempo habia visto en aquel sueño espantoso, siempre fijo en su pensamien-

to.... Ved aquí de cada costado el mismo número de sillas, los ornamentos góticos de madera, las vidrieras de color, y la misma figura de las ventanas en forma de cruzeros.... Mas la tribuna misteriosa debe estar en alto, colocada sobre la puerta.... Se vuelve la Duquesa y la descubre!.... La reja de esta está medio abierta; y la Duquesa, perdida, espera que se aparezca la misteriosa fantasma que en su sueño le presentó el velo de una blancura brillante!.... Se le figura que oye repetir estas palabras: *Tú no hallarás sino aquí el reposo y la tranquilidad!*.... Esto no es ya para ella una ilusion, ó una prediccion vana y confusa; es una invitacion real y ejecutiva; el cielo es quien se declara y se explica; este es un orden positivo! Es necesario obedecer!.... La idea de un prodigio eleva, exalta su alma, y la llena de entusiasmo; pero no por eso está menos oprimida por la idea repentina y terrible de una eterna separacion. Experimenta el mismo asombro que podría causarle la cercanía de una muerte imprevista y cierta, cuyo horror solo podia dulcificar la fé mas ardiente, y todos los consuelos de la religion. Se somete convencida, con transporte, y, sin embargo, su corazon

está despedazado.... Dios la llama repentinamente con una voz imperiosa. Llegó el instante fatal.... No tiene ya dudas, ni incertidumbres; pero sí todo su amor!.... Se detiene, y fijando sobre la tribuna sus ojos llenos de lágrimas: oh Dios! exclama; no es una pasion debilitada la que debo inmolaros, es una pasion mas viva que nunca la que te sacrifico.... Al pronunciar estas palabras se doblan sus rodillas; una horrorosa palidéz se reparte en su semblante; se cierran sus ojos, y parece hallarse en los instantes de una piadosa pero dolorosa agonía: cae privada en brazos de Bellefonds (1). La llevaron á la sala de comunidad, donde recobró sus sentidos, viendo á Mademoiselle de Bellefonds, á esta joven interesante, que sin tener ningun motivo de arrepentimiento ó de pesar, iba á pronunciar con tanto gusto y serenidad un juramento irrevocable!.... La Mariscala jamás reflexionaba en las cosas que no comprendia al momento; se contentaba con juzgarlas bizarras ó ridículas, y no volvia á pensar

(1) Ella creyó en efecto reconocer la iglesia que habia visto en sueños. Véase el compendio de su vida á la cabeza del discurso de Bossuet.

mas en ellas. Habia puesto poca atencion á las palabras extraordinarias que madama de la Valliere profirio antes de perder el conocimiento; pero las religiosas estaban muy compadecidas de ella: preguntaban con instancia á la Mariscala, quien les respondía sencillamente, que la Duquesa estaba *vaporosa*. Así llamaba á todas las personas sensibles ó romancescas.

Habiendo llegado la hora de la ceremonia, volvieron á la iglesia; la atencion y ternura de la Duquesa fueron sumas: ella se identificaba con la que renunciaba para siempre el mundo, los placeres y las pasiones; su corazon palpitaba con violencia cuando Mademoiselle de Bellefonds pronunció sus votos.... interiormente hacia el mismo juramento!....

No se hace una resolucion de tal importancia, sin sentir la necesidad de abrir su corazon: naturalmente se apetece confiar una cosa extraordinaria: este es un placer del amor propio que queda todavia, aun cuando se renuncian los demás. Madama de la Valliere eligió por primer confidente al Mariscal de Bellefonds, quien le aconsejó consultar á Bossuet; lo que hizo, pero secretamente. El candor de ma-

dama de la Valliere era conocido; Bossuet no dudó de su sinceridad: no obstante, le conoció tanta pasion, tan fuertes pesares; la resolucion que tomaba era tan sorprendente con tales sentimientos, que él creyó de su deber hacerle muchas objeciones: ellá respondió á todas llorando, pero con firmeza; y despues de una larga conversacion, Bossuet exigió de ella, que por espacio de seis meses examinase y reflexionase su proyecto, sin decir á nadie una palabra. Lo prometió, y cumplió su palabra. Esta discrecion le costó mucho; se deshacia por comunicar al Rey su resolucion; gozaba de antemano de su admiracion, y de pensar que además recogería la expresion de algunos sentimientos, y acaso algunas lágrimas....

Mas silenciosa, y mas humilde que nunca madama de la Valliere, ultrajada por madama de Montespan, despreciada por el Rey, soportaba con una paciencia, que ya era sublíme por sus motivos, la indiferencia del Rey, los desdenes, las altanerías y caprichos de madama de Montespan, cuasi siempre insultantes; su dulzura habia tomado un caracter de calma y de resignacion, que la daba el aspecto de la insensibilidad: se concluye por creer impasibles á los

que saben sufrir largo tiempo con constancia; no se les tiene compasion, cuando se debia unir á ella el espanto y la admiracion. Parece que nosotros exigimos que la piedad se nos pida, y que es necesario implorarla para obtenerla, por eso no se concede sino á los que se quejan. La religion daba á la Duquesa un valor, que sorprendia á ella misma: su alma sensible y generosa, se elevaba hácia el Ser Supremo, sin violencia, como manantial eterno de amor y clemencia; su arrepentimiento, mas vivo que nunca, lejos de estar acompañado de amargura, era un sentimiento consolatorio que la aseguraba del perdon; gozaba de los mismos pesares involuntarios de su desgraciada pasion; el sacrificio de ellos tenía mas mérito, soportaba con calma las incomodidades y penas de su situacion; iba á expiar sus faltas, á libertarse de la vergüenza, y á sustraerse de la esclavitud de la córte: no conservando mas esperanzas, no tenía ya zelos, y libre de pasiones violentas, si el amor la enternecía aún, su corazon no estaba ya trastornado por los movimientos tumultuosos del ódio y del resentimiento.

Uno de los felices efectos de la piedad vi-

va y verdadera, es libertarnos de los frívolos pesares, causados por la ambicion ó la vanidad, siempre inquieta y capaz de ellos. Cuando uno se desengaña de los falsos bienes, cuasi todos los intereses de la vida pierden su importancia: los errores no nos perturban, las contrariedades no tienen influjo en nuestro carácter; últimamente, se poseé la verdadera filosofia. No se agita uno por bagatelas; se conoce toda la puerilidad del orgullo; no se tienen vanas pretensiones: uno es indulgente, porque ha sondeado su corazon, y se ha aplicado cada dia á verse sin ilusion, á juzgarse no solamente sin imparcialidad, sino con extremo rigor.... Y ¡quién de nosotros, examinándose con severidad, podrá ser intolerante con los demás!.... Tiene uno calma, porque ya no hay incertidumbres; porque es guiado por una regla invariable, animado por grandes sentimientos, sostenido por esperanzas sublímes; en fin, se goza de una inestimable felicidad, de aquella de estar siempre de acuerdo consigo mismo, y de lanzarse hácia el objeto de sus deseos, con seguridad de alcanzarlos. Felíz carrera, donde la emulacion jamás puede producir zelos; donde aquellos que nos aventajan, lejos de excitar nuestra embidia, ob-

tienen la mas tierna veneracion, á donde se camina sin conocer rivalidades, seguido, admirado de los mas débiles, y constantemente animado por los mas fuertes!....

Madama de la Valliere pasó los seis meses de reflexion y discrecion, prescritos por Bossuet, en todos los ejercicios de la mas ferviente piedad; sin embargo, ella los ejecutaba con misterio; porque queriendo todavia ocultar su secreto, temia ser acusada de hipocresía. De todas las humillaciones consiguientes á los dilatados extravios, la mas cruel acaso, es no poder dejar el vicio sin hacerse sospechoso de falsedad; por esta causa, en la vuelta al camino de la virtud, los partidos extremos no pudiendo dejar dudas, cuestan menos que las resoluciones moderadas. Madama de la Valliere se habria avergonzado de ser sorprendida en sus devociones particulares, y tenía la mas viva impaciencia de decir públicamente que iba á ser Carmelita. Este momento, en fin, llegó. Encontrándose un dia sola con Luis, se decidió á hablarle; pero con una turbacion extrema: ella no habia previsto el embarazo que experimentaría, y su alteracion se aumentó. Luis la escuchó con sorpresa, manifestó enternecerse, y la Duquesa se deshizo en

lágrimas; entonces combatió el Rey un proyecto tan extraordinario, pero con tal sequedad de expresion, que secó prontamente las lágrimas de la Duquesa: ella respondió con un tono firme, que su partido estaba tomado tiempo ha, y de una manera inalterable. El Rey reflexionó un momento; y, volviendo á tomar la palabra, la suplicó escogiese al menos un convento menos austero, y le ofreció la mas rica abadía de Francia (1). Ah! exclamó la Duquesa: ¡cómo podré yo conducir á otros, habiéndome yo misma perdido!.... (2) Ay de mí! prosiguió: no me decidió la ambicion á entregarme á vos; ¿lo habeis olvidado?.... y, ¿podré, renunciándoos, concebir ideas de vanagloria y de dominacion!.... El Rey no insistió ya; pero exigió formalmente de la Duquesa le prometiera quedarse un año en la córte todavia. Se vió obligada, aunque con sentimiento, de ceder á una autoridad, á que jamás habia sabido oponerse. Pero desde el mismo dia, no temiendo empeñarse de manera que no pudiera retractarse sin cubrirse de ridiculéz, anunció públicamente su retirada, y el designio irre-

(1) Histórico.

(2) Sus propias palabras.

vocable de entrar á las Carmelitas. A excepcion del Mariscal de Bellefonds, todos sus amigos se afligieron, é hicieron todo lo posible por variar su resolucion. Fué para la Duquesa un motivo continuo de impaciencia oír repetir sin cesar, como consejos luminosos, todos los lugares comunes que se pueden alegar contra la vida religiosa; por mas que les respondiese, que decidida mas de seis meses á consumar este sacrificio, habia debido hacer todas las reflexiones que se le presentaban. El zelo de la amistad no le ahorraba ninguna de estas trivialidades, que podian alegarse sobre esta materia; se vió obligada á soportar el enfado de oír á cada amigo en particular, y aun á gentes indiferentes, combatir su vocacion por los mismos argumentos, y cuasi siempre los mismos términos. Benserade corrió á Versalles, únicamente para hablar con madama de la Valliere sobre un proyecto, de que estaba vivamente horrorizado. Entre otras cosas la dijo, que sin tomar semejante empeño, podia vivir con tanta regularidad como en un convento, y que debia quedar en el mundo para edificarlo. Ah! respondió ella: despues del escándalo de mi vida, sería en mí una horrible

presuncion creerme propia para edificar los demás!.... (1).

La conversion de madama de la Valliere interesó á todo París, é hizo poca sensacion en la córte; porque en general no se creyó: los unos dijeron simplemente, que no tendría jamás valor de hacer á los veinte y ocho años tal sacrificio: otros, sostuvieron que no anunciaba tan extraña resolucion, sino para enternecer al Rey, y con la esperanza de revivir sus primeros sentimientos: esta fué la opinion secreta de madama de Montespan; pero se guardó bien de manifestarla; aparentó creer perfectamente en esta ocasion la sinceridad de una rival, que aun temía, á fin de acostumbrar al Rey á esta idea, y de hacer mas dificil, ó, al menos, ridícula la retractacion de madama de la Valliere.

A pesar de todo, insensible la Duquesa á todos los discursos de los cortesanos, sacaba cada dia nuevas fuerzas de las conversaciones con Bossuet. ¡Qué impresion debian producir las exhortaciones sublímes de este grande hombre, en esta alma noble, sensible y tan bien preparada, por remordimientos tan fuertes y tantas penas!....

(1) Ella dió, en efecto, esta respuesta.

La Duquesa escuchaba con ánsia esta voz poderosa, que tantas veces animó la virtud, hizo temblar el vicio, y cayó como un rayo sobre la impiedad; esta voz, órgano augusto de la verdad, que no se oía jamás sin fruto, ó sin espanto! Madama de la Valliere se dejaba enteramente guiar por sus consejos y los del Mariscal de Bellefonds, á quien todos los dias escribia cuando estaba en París: una de sus cartas concluía así:

„Dios es tan bueno, que de mil maneras „me dá infinitos consuelos, y cada momento me „inflama tan fuertemente de su amor, que ahora mismo ardo en deseos de entregarme á él „sin reserva! Qué gracias! Y por donde las he „merecido!.... Sin duda, esta dedicacion entera que exije de mí, no bastaría para reconocer sus favores y reparar mis ofensas! Por tanto, conozco que, á pesar de la enormidad de „mis faltas, el amor tiene mas parte en mi sacrificio, que la obligacion que tengo de hacer „penitencia" (1).

(1) Carta histórica, á la que nada se ha quitado ó variado. Léase la vida de madama de la Valliere, que precede el discurso de Bossuet sobre su profesion.

Madama de la Valliere llevaba despues de algunos años un género de vida tan solitaria, que, sin hacer nada singular, podia dedicar cuasi todos los dias á la meditacion y á la piedad; sin embargo, iba de cuando en cuando á la córte. Partiendo el Rey una mañana para la caza con mucha gente, pasó por el palacio de Birón, y, deteniéndose allí, hizo avisar á la Duquesa que bajase y siguiese la caza, que no duraria mas tiempo que el de un paseo: consintió en ello, y montando con distraccion en la primera berlina que se le presentó, se encontró en una pequeña gondola á solas con madama Scaron, y distinguió delante de ella al Rey con madama de Montespan en una caleza.... (1). Necesitó en este momento de toda la humildad cristiana para soportar semejante situacion: le era extraño verse en público, siguiendo la comitiva del Rey y su amante, retirada con una persona subalterna entonces, y confidenta de madama de Montespan.... La Duquesa estaba lejos de sospechar que esta muger, obscura, protegida por su rival, debia un dia vengarla, y reinar legítimamente en Francia!....

(1) Véanse las memorias de Maintenon.

Madama de la Valliere guardaba silencio: madama Scaron tomó la palabra, y habló con tanta gracia y hechizo, que sacó á la Duquesa de su estado pensativo, y llegó hasta interesarla. Muy pronto cayó la conversacion sobre el proyecto de retiro de madama de la Valliere, que desaprobó madama Scaron, principalmente la eleccion de un convento de Carmelitas. ¿Cómo podreis, le dijo, acostumbraros á tales austeridades? Ah! Madama, respondió la Duquesa, mostrando la calesa del Rey; si allí tengo algunas penas, no haré mas que recordar las que me han hecho sufrir esas dos personas (1)!

La condesa de Themine, esta amiga fiel de madama de la Valliere, le escribió suplicándole, prefiriese al convento de Carmelitas un retiro en Turena; agregándole, que dentro de pocos meses iria á verla con la esperanza de traerla consigo: madama de la Valliere le respondió lo siguiente.

„Vuestra amistad no mira mas que el ri„gor de mi sacrificio; pero no vé sus consue„los, ni sus ventajas. ¡Ah! ¿Qué me importa

(1) Memorias de Maintenon.

„dejar el mundo, que nunca he amado, y re-
„nunciar á vanos divertimientos que me fatigan?
„Me consagro á la obscuridad; pero ¡cuánto no
„debo aborrecer la celebridad! Ella forma mi
„deshonra, y me colma de dolor!.... Qué mé-
„rito puedo tener en abrazar la pobreza? Siem-
„pre he despreciado el fausto y las riquezas.
„Aun antes que la religion hubiese acabado de
„ilustrarme, mi situacion y mis extravios han
„debido preservarme de la embriaguez de los
„falsos bienes; el brillo, la fortuna, los ho-
„nores, no fueron para mí sino otras tantas
„manchas. En el seno de la opulencia y de las
„grandezas humanas, suspiraba por el olvido y
„embidiaba la humilde mediocridad!.... Yo no
„hago sino un solo sacrificio; él es inmenso, es
„verdad: dejo para siempré lo que amo!....
„juzgad por este esfuerzo, del poder del senti-
„miento que me determina!.... La razon so-
„la me prescribia separarme.... Ya no
„soy amada....! Mas, despues de haber triun-
„fado de semejante pasion, ¿qué sería de mí
„sin la piedad?.... ¡Qué triste victoria, si no
„ganase en ella mas que una insípida indife-
„rencia!.... Ah! este corazon tan sensible, pue-

„de pues, en fin, amar sin medida, y fijarse
„con seguridad!.... Oh! ¡qué reposo se encuen-
„tra en un gran sentimiento, al que se puede
„entregar con toda la vivacidad de su imagi-
„nacion, y toda la energía de su alma! ¡Qué
„deliciosos me son mis desvios, y la reflexion
„no podrá destruir su dulzura!.... Nada hay
„ilusorio en la virtud; todo es real; todo es du-
„rable en la felicidad que ella procura: sus bie-
„nes, sus placeres no se agotan, la habitud y
„la perseverancia redoblan el premio, porque
„aumentan el mérito.... Sí, solo la religion
„puede dulcificar la amargura, ó el horror de
„los mas crueles recuerdos! Ella borra lo pa-
„sado, adorna lo presente, encanta lo futuro!....
„Lo futuro! no lo mira sino con terror! gracias
„al cielo, yá no me es temible! he roto el ve-
„lo fúnebre que me lo ocultaba; lo veo, lo con-
„templo con delicias; todos mis deseos y mi
„corazon se arrojan á él.... Mas, gozo del
„tiempo que me separa de la eternidad:
„me preparo un destino y galardon inmor-
„tal!.... Grandes de la tierra, víctimas in-
„fortunadas del tiempo que os devora, agitaos,
„atormentaos por frívolos intereses de un mo-